Las atrocidades en Armenia.

El exterminio de una nación.

Por Arnold J. Toynbee.

(*Continuación*).

Pero acaso el número más abominable, en el programa oficial, lo ejecutó el Gobernador de Trebizonda:

«Unas cuantas embarcaciones, llenas de gente, fueron despachadas en diferentes ocasiones a... La creencia general es la de que todas las gentes que iban en ellas perecieron ahogadas. En los primeros días de la persecución fueron conducidos a bordo de una lancha unos cuantos hombres a quienes se suponía miembros del Comité Armenio, y se les envió a... Dos días después un súbdito ruso, uno de los que habían partido en el bote, regresó por tierra a..., mal herido en la cabeza, y tan loco que no podía hacerse entender.

«Todo lo que podía decir era *Boom! Boom!* Las autoridades le detuvieron y le hicieron llevar al hospital municipal, en donde murió al siguiente día. Un turco dijo que el bote en cuestión había encontrado en su camino otro bote con gendarmes, y éstos procedieron a matar a los hombres y a tirarlos al agua. Sin duda creyeron que los habían matado a todos; pero este ruso, que era un hombre vigoroso, sólo quedó herido y logró ganar la costa a nado sin que lo notasen. Muchas son las lanchas que han salido de..., cargadas de hombres, y por lo general regresan vacías después de unas pocas horas».

Este relato es tomado de una declaración que aparece en el Informe de la comisión americana, y está confirmado por otros de infinidad de procedencias. Ha sido repetido de un extremo a otro del Imperio otomano, y no puede dudarse de que las pruebas son más que convincentes. El mismo testigo refiere luégo cómo «gran número de cadáveres de mujeres y de niños han sido arrojados recientemente por el mar, sobre la playa arenosa, al pie de los muros del monasterio italiano en esta costa, cadáveres que han sido enterrados, por mujeres griegas, en la misma arena en que los hallaron».

V

FALSAS EXCUSAS

Todas estas atrocidades, tanto el crimen concertado como sus aditamentos locales, fueron cometidas contra los armenios, sin sombra de provocación. «Estamos en guerra», dirá probablemente el gobierno turco; «estamos luchando por nuestra misma existencia. Los armenios fincaban esperanzas en la victoria de nuestros enemigos, y conspiraban en favor de esa victoria. Eran traidores sueltos en una zona militar, y nos vimos obligados a proceder contra ellos con severidad militar». Empero, tales excusas aparecen contradichas, de un modo absoluto, por los hechos. Los armenios perseguidos no habitaban zona militar ninguna. Ninguna de las ciudades y aldeas de donde fueron expulsados, sistemáticamente deportados a la muerte, estaban situadas, siquiera próximamente, cerca del teatro de las hostilidades. Todas ellas son poblaciones del interior de Anatolia, igualmente retiradas de la frontera Caucásica y de los Dardanelos. No había posibilidad de que cooperasen a la acción de los ejércitos de la Entente, como era igualmente imposible que intentasen un levantamiento por su cuenta, pues no constituían una comunidad compacta. Estaban dispersos, en pequeñas colonias, en un país muy vasto; y en todas partes se hallaban en minoría, al lado de sus vecinos turcos. Los poderes civil y militar estaban seguros, en manos turcas, y era muy improbable que los armenios intentasen un golpe de mano. Precisa repetir que estos pobladores armenios eran esencialmente pacíficos, industriosos, tan inexpertos en el manejo de las armas (1), y tan ajenos a toda idea de violencia, como la población urbana de la Europa Occidental. El Gobierno otomano no puede, en manera alguna, disfrazar su crimen dándole el carácter de una medida preventiva; los armenios estaban tan lejos de acariciar designios contra él, que no opusieron resistencia, ni aun después de que ese Gobierno expidió lo que no era otra cosa que una sentencia de muerte contra ellos. En efecto, sólo se registran dos casos en que el plan de deportación encontrara alguna oposición seria. Nos referimos a la oposición de Antioquía, en donde los campesinos se refugiaron en las montañas y se batieron, por espacio de siete semanas, dando la espalda al mar, hasta que fueron salvados, casi milagrosamente, por una flota francesa y en las circunstancias de que ya se ha hecho mención. Y el otro caso fue la heroica defensa, en condiciones desesperadas, de Shabin Karahissar, una población del interior de Trebizonda, en donde 4.000 armenios tomaron las armas, al recibir la notificación de confinamiento, y se batieron contra las tropas turcas, desde mediados de mayo hasta principios de julio. Los turcos, entonces, llevaron refuerzos y artillería y con esos elementos dominaron fácilmente la ciudad. En la carta a un eclesiástico armenio se dice que «Karahissar fue bombardeada, y toda la población—tanto la de la ciudad como la de los distritos circunvecinos—fue asesinada sin piedad, sin excluir siquiera al Obispo». Esto demuestra, mejor que pudiera demostrarlo cualquiera otra cosa, cuán poco tenían los turcos que temer de los armenios, y con cuánto beneplácito echaron mano de los más rápidos medios de exterminio en la primera oportunidad.

(1) Desde muchos años atrás, el Gobierno había tomado enérgicas medidas para impedirles la posesión de fusiles.

Tal fue el procedimiento del gobierno para con los desvalidos y desprevenidos armenios de las ciudades. Cuando tenía que habérselas con las comunidades de campesinos, más independientes, de las montañas, no se tomaba el trabajo de disimular sus intenciones; y, sin esperar a hacerles la notificación de confinamiento, los gendarmes los atacaban con sus machetes. Así fueron tratados los habitantes de Zeitoun, una comunidad armenia que, desde hacía *ocho siglos*, había vivido y prosperado, virtualmente independiente, en las montañas que dominan la llanura Ciliciana.

Los zeitunios se diferenciaban de los demás armenios de Cilicia en que poseían armas y en que habían tomado sus providencias para la lucha a muerte que se aproximaba; pero fueron desarmados con la promesa, según se dice, de que si se sometían esa actitud sería recompensada dejando libres a sus hermanos indefensos de las aldeas de los valles. La promesa turca no fue cumplida, naturalmente, después de que los turcos llenaron su objeto; y atacados, en condiciones desventajosas para ellos, los heroicos montañeses sucumbieron inevitablemente.

(Continuará).